

NO sé si el psicoterapeuta Rollo May, distinguido intelectual americano, autor del *best-seller* y uno de los libros más importantes publicados en 1969 *Love and Will*, es conocido en España. El año pasado participó en el Symposium Internacional que tuvo lugar dentro del Congreso Nacional de Comunicación de Barcelona. Pero creo que su contribución pasó más bien inadvertida —lo que no es sorprendente, ni mucho menos, en los Congresos, y no sólo por la diferencia de lenguas, ni aunque su tema sea la comunicación, o por eso mismo—, y consistió en un anticipo, referente a los símbolos del lenguaje y la violencia, del libro que hoy comento (1).

Este libro no se entiende bien sino tomando como punto de partida otro famoso, y supongo, aunque no estoy seguro, que traducido al castellano: esa especie de plausible brevariario de la concepción *hippie* de la vida (*Consciousness III*), escrito por Charles Reich y titulado *The Greening of América*. El fenómeno *hippy*, y, en el plano de la literatura, el libro citado, han sido, para Rollo May, el último canto a la «inocencia», a la «pureza» americanas, y en cuanto tales, han señalado el final de una era. (Entre paréntesis, permítaseme anunciar que, en breve, espero publicará Juan José Coy un libro sobre complicidad e inocencia en la literatura americana, cuyo origen fue su tesis doctoral, que, ex catedrático, tuve, con todo, el honor de dirigir). Después de lo ocurrido a los Soledad Brothers, a Angela Davis y a los hermanos Berrigan, después de Vietnam y de Watergate, después de la elección de Nixon, su permanencia en el poder y los acuerdos internacionales que siguen firmándose con él, después de los escándalos de los otros países) a los que, en mi último artículo, el cortés típo-grafo, poniendo una ene de más, evitó que denominase con una palabra fea inglesa), ningún adulto, ni en América ni fuera de ella, puede sentirse «inocentes».

El primer problema para Rollo May es, pues, el de que lo sea la inocencia. Hay dos clases de inocencia. Una, la del poeta, la del artista, acierta a preservar el fresco impulso creador del niño que se ha sido y que, en cierta medida, es bueno que se siga siendo, sin quedarse por ello en la permanente inmadurez, en la «buena conciencia» de la no-complicidad con todo el mal que acontece en el mundo. La arcádica inocencia del paraíso, de la desnudez pura, de la vida idílica, es un sueño que se desvanece. Y lo que queda es la pseudoinocencia de quienes quieren liberarse de toda responsabilidad y co-responsabilidad, volver en pequeños

grupos, con los ojos vendados para el mal —y para el bien— al paraíso terrenal. (También queda, claro está, la pseudoinocencia, más bien «mala fe», en el sentido de Sartre, de las «personas mayores» que no quieren enterarse de los crímenes que se cometen desde el poder, con tal de que éste defienda el supremo valor del «orden público»).

La pseudoinocencia ha sido el último refugio del puritanismo americano. Los nuevos inocentes se han desprendido de los prejuicios y gazmoñerías de la moral burguesa, pero con ellos han querido desprenderse también de todo poder, vivir desnudos e inermes, sonrientes portadores de flores. Ahora bien, como se ha dicho, volviendo del revés la famosa aserción de lord Acton: «Toda debilidad corrompe, y la debilidad absoluta o impotencia corrompe absolutamente». El conformismo es apatía e impotencia, y con su complicidad se cometen

otra cuestión, al «sacarle a uno de sí», fundirle en el grupo. Negar la fuerza de atracción, la «fascinación» de la violencia es, otra vez, cerrar los ojos a la realidad. Alguna vez he escrito, tratando de comprender la «mística» de los alféreces provisionales, cómo sobre una vida ulterior prosaica, mediocre, gris, tiene que destacarse, para siempre, aquella ocasión en la cual el hoy registrador de la propiedad o inspector del timbre, se sintió héroe entre los héroes. Sin llegar a tanto, modestamente, pero con la satisfacción de «haber estado allí», de vez en cuando encuentro jóvenes, pero ya no tanto, que, fuera de España, lo que añade emoción, me cuentan haber estado junto a nosotros en aquella manifestación estudiantil de febrero de 1965. Ciertamente, no fue aquel, en principio, un acto de violencia. Pero, ¿es que son posibles actos verdaderamente humanos de pura violencia? Pesa aún so-

JOSE LUIS L. ARANGUREN

INOCENCIA, VIOLENCIA, PODER

los grandes crímenes, desde el nazi del genocidio judío, hasta el americano del genocidio vietnamita. Y el sutil conformismo de quien, invocando el amor, se desentiende del mal, nada hace por evitar aquéllos.

El libro constituye, como dice su subtítulo, una indagación de los orígenes psíquicos de la violencia. (El apasionante tema de la violencia es considerado solamente desde el punto de vista psicológico, no desde el sociológico ni el político, y el autor recurre una y otra vez a su experiencia psicoterapéutica). Es fácil condenar la violencia, pero la violencia es, con frecuencia, la sana reacción elemental para salir de la impotencia en que se yace. La vida no es sólo «poder», pero es, indeclinablemente, poder, afirmación de sí mismo, hacerse valer. También hay que distinguir aquí, como con respecto a la inocencia. Frente a la teoría según la cual la agresión es siempre el resultado de una frustración, el autor afirma la existencia de una «agresión positiva», aunque no en el sentido unilateralmente biológico de Konrad Lorenz. Incluso hay un «extasis de la violencia». El capítulo «Extasis y violencia» es uno de los más perspicaces del libro). La violencia puede hacer trascender las convencionales fronteras del ego, y, para bien o para mal, eso es

bre nosotros el tabú de la violencia, que sólo se despeja cuando ésta se produce en forma «ordenada», regimental, uniformada; es decir, respetable y al servicio del «orden público». La verdad es que, como he hecho o querido hacer notar en otros escritos, los «héroes violentos» de nuestro tiempo se exponen a la violencia en mucho mayor grado del que la ejercen, y que, leyendo al Che Guevara o a Camilo Torres, advertimos hasta qué punto se decidieron, sin ilusiones, con un gran pesimismo a corto y medio plazo, a adoptar una actitud, en el fondo mucho más testimonial, es decir, *martirial* (martirio laico y activo), que directamente, «violentamente», encaminada a producir «ya» la subversión; actitud de «entrega» que les ha aureolado con ese prestigio romántico del que gozan a los ojos de la juventud actual.

Las cosas suelen ser más complicadas de lo que convendría a nuestra cómoda seguridad moral. Y si, como antes veíamos, y por paradójico que parezca, la inmadura inocencia que no acepta su complicidad en el mal, es, en sí misma, una «invitación» al crimen (Rollo May ejemplifica esto, sobre todo, con el *Billy Budd*, de Melville), por el otro lado, la «función del rebelde» —el rebelde es el tipo polarmente opuesto al pseudoinocente— es esencial a

la sociedad, es esencial a la Humanidad. Ser hombre, cabe decir, es ser capaz de rebelarse: rebelarse contra Dios (Prometeo, Adán y Eva comiendo del fruto del árbol que les sacará de la inocencia, Abraham y Job discutiendo con Jahvé en nombre de un «Dios sobre Dios»), rebelarse contra el «orden» establecido, así Sócrates y, en el plano religioso, Jesús; pero también, agrega Rollo May, que está muy lejos de ser un revolucionario, todo el que lucha por la justicia y rehúsa «ajustarse». Y, en su peculiar manera, siempre, el poeta, el auténtico artista creador, que se rebela contra la academia, contra la tradición inercial, contra el orden artístico establecido.

La moral que preconiza Rollo May no es utópica, es dialéctica. No podemos, como el pseudoinocente, proyectar el mal fuera de nosotros. Tenemos que pasar por él, sufrirlo y trascenderlo. Necesitamos de la autoridad —nuestro autor no tiene nada de anarquista—, y, a la vez, debemos rebelarnos contra la autoridad establecida. Y también contra la cultura —rebelión cultural—, de la cual, sin embargo, hasta en sus más denostados aspectos tecnoburocráticos, dependemos. Toda rebelión busca un orden nuevo, que provocará, en su día, nueva rebelión. Es imposible la instalación en el paraíso. «La vida moral es una dialéctica entre el bien y el mal», y la actitud más inmoral, la «arrogancia moral». Hoy estamos aprendiendo a desconfiar de una economía del puro desarrollo. Aún menos puede satisfacernos la ética del lineal desarrollo moral.

La violencia, ya lo vimos, no es el mal. Es síntoma de una situación de impotencia, de la que se intenta salir. El mal es la impotencia, la reducción a esclavitud. Y el remedio, la «distribución del poder».

El impotente está incomunicado, mejor aún, usando la palabra eclesial, excomunicado. Aquel que ni siquiera puede hablar, sólo por la violencia puede salir de la excomunicación. La recuperación del lenguaje es la primera condición para la libertad: «Si hubiera podido hablar, no habría golpeado». A los oprimidos démosles, por lo menos, la palabra. ■

(1) *Power and Innocence: A Search for the Sources of Violence?*, de W. W. Norton. Nueva York.